

Ha nevado.

La primera vez siempre te deja prendidas en la mirada cosquillas de aire. Cuando despierto sé que la lluvia plata ha sucedido porque respiro poemas de agua cristalizada.

Me acerco emocionada a la ventana. Hay una luminosidad que trepa del suelo al cielo desde una hiedra invisible. Cuelgo los pensamientos de esos copos que flotan, ligeros y sedosos, como esta paz blanca. Todo pesa menos. El alma, grácil, abandona la cárcel de huesos y vuela lejos de aquí.

Me guardo la calma como una ofrenda entre los pliegues de la memoria. Cuando otra lluvia violenta las costas y arrecie implacable sobre mis ojos, me resguardaré en el recuerdo de la sábana preciosa que ahora contemplo.

A esta primera hora, las prisas resbalan de mi cabello enmarañado. Intentan, con sus manos cargadas de obligaciones, colgarse de los finos hilos tostados que caen sobre mis mejillas. Pero este nido revuelto solo deja a los pájaros descansar en él. Aparto esta suave cortina del rostro y abro mis dos balcones al mundo.

Aquí el silencio es una delicada canción solo astillada con afecto por algún piar despierto. Una tímida melodía que regala sosiego a estas caracolas sordas de tanto ruido.

Como una sombra silenciosa, abro la puerta de la inocencia y me acerco al amor de mi vida. Él, que partió en dos mi cuerpo, dejó una herida cosida con todos los besos que guardé durante nueve meses para él. Cubro su pequeño cuerpo destapado por los sueños. Una ola de aire dulce escapa de su boca con forma de golosina.

De camino a la cocina, me acerco a ese corazón que prende ternura en mi pecho cada día. Su hocico, una gota de lluvia fresca, respira calmado. Dejo un beso entre sus dos ojos soñolientos, que parecen sonreír siempre que miran. Me llevo ese olor a bosque amaneciendo grabado en la piel.

El café ritual que preparo en la madrugada me temple la voz dormida. Su tibieza amarga es dulce cuando atraviesa, como un río, el centro de mi boca. Una onza de chocolate hunde su cuerpo en este mar oscuro. Pequeños placeres que celebran un día por estrenar.

Enfrente de mí, cientos de libros descansan su cuerpo liviano entre anaqueles. ¿Cuántas vidas posibles con solo desplegar ese par de alas? Entre sus pliegos encuentro partes de mí que no tienen voz. Leyendo me nombro y el alma entonces adquiere el peso real de las cosas intangibles: este infinito. A veces dialogo con ellos, y esas conversaciones me acompañan toda la vida. Conozco a la mujer que comienza la primera línea. Desconozco al alma que se descuelga de la última y deja entre líneas piel seca y marchita. Amo esa transformación y me entrego a ella cada día.

Me recuerdo siempre abrazada a una criatura alada. Desde niña fui un pequeño ratón de biblioteca curioso e inquieto, que amaba profundamente el misterio de los relatos. Mi tata Txufi sembró la semilla del junco de papiro en la tierra de la infancia. Desde entonces crece enraizándose en las historias y extendiendo lejos nudosas ramas que rozan las nubes. Ahora es mi pequeño quien recibe esta bella herencia, un pasaporte sin fecha de caducidad. Anoche, durante el cuento, tuvo la valentía de invitar a bailar a letras perdidas. Al juntar sus manos hinchadas de tinta formaron una palabra que él me leyó emocionado. Ya sabe mi secreto, esta alquimia que transforma puntos negros en coordenadas.

Trazo una genealogía de escritoras que conforman mi identidad. ¿Por qué mujeres? Convertí la lectura en un proceso político y de memoria que me permitiera desenterrar las voces silenciadas. Leerlas era reconocer y legitimar su lugar en el mundo. Compartir las era componer el presente y futuro feminista que anhelo para mi hijo. Escribirlas era traducirme desde geografías íntimas de un mapa propio. Solo tras una lucha dilatada y hermosa en el tiempo, puedo ahora entregarme a dos preciosas obsesiones: la escritura de la naturaleza y de la intimidad.

Desplazo mi mirada de la biblioteca a la ventana. No hay un amanecer igual a otro. Cada mañana mis ojos contemplan extasiados cómo el astro estira sus brazos de fuego. El manto oscuro de la noche estalla en cientos de cristales, y las estrellas cosidas apagan su cuerpo luminoso. El cielo se viste del color de las flores: magenta, naranja, amarillo... como si la primavera extendiese un manto sobre el mundo. El día nace, y yo con él.

Vuelvo a mi cuaderno, una ofrenda que regalo a mi preciosa soledad. Siento la escritura como una tea encendida en el centro de mi pecho. Ella alumbró esta jaula de huesos que siempre dejé abierta al mundo y sus revelaciones. Ilumina el bosque que guardo dentro, en el que me refugio cuando la tormenta de asfalto me persigue. Aquí dentro huele a mañana de marzo.

La escritura también me trae fantasmas a casa. Entran sin hacer ruido, para sorprenderme y evitar la huida. Pero he aprendido a sentarlos a la mesa. Antes de marcharse, abrazo los miedos con el alma tranquila. Me encuentro con sábanas huecas descansando en las sillas

Miro el reloj. Me sonrío perverso. Las manecillas me apuntan como flechas. El arco del tiempo tensado al límite. La prisa me rompe las uñas de tanto apretar el bolígrafo. El tic-tac se me clava como astillas en el centro de la carne. ¿Por qué estar siempre al acecho de esta sombra que intenta morder mis ganas de vivir?

De repente, la voz que llevo siempre atravesada como mi más infinita ternura, llama desde la cama. Después de una noche difícil de tos y sueños agitados, su pequeño cuerpo busca el calor tibio que dejé en las sábanas como faro de nuestra isla. Con dos valles color malva descansando bajo mis ojos, y un cansancio sordo colgando de mis brazos, le aprieto fuerte contra mi pecho hasta que nuestros latidos se acompañan.

Él, con sus diminutas manos ha partido mi escritura en fragmentos sueltos que ahora caen de mi boca. ¿Qué hacer ahora con tantos cascotes y escombros sueltos de este edificio en ruinas? Me mira desde esos dos lagos donde la inocencia preciosa de sus cinco años nada libre. Tiene la respuesta que tanto tiempo he buscado en los cristales de un espejo roto: elevarlo juntos.

Levanto la persiana y el asombro tiñe sus pupilas color almendra tostada. Un copo queda suspendido frente a mí en el cristal. Esta diminuta pavesa blanca ha incendiado hoy el cuaderno, llenando de luz las grietas del cotidiano.